

Pétalos de Invierno

Alice Gagliardi



Capítulo 1

02/07/2000

(...) he estado mucho tiempo pensando en desistir. Por cosas de la vida, sigo aquí. Supongo que no estaba en mi naturaleza ser del tipo que se rinde y deja todo de lado. Me lo he preguntado durante demasiado, demasiado tiempo. ¿Realmente vale la pena el sacrificio? ¿realmente está bien seguir este camino? ¿Realmente... tomé la decisión correcta? Creo que todos hemos experimentado este tipo de crisis a lo largo de nuestra vida; pero cuando eres una figura... un modelo a seguir. Cuando todo el mundo espera ansioso y expectante tu trabajo final... pienso quizás, en mi propio egocentrismo, que nuestra gracia es peor que la del resto. Ha sido año tras año, esta sensación de vacío y de querer escapar de todo te empieza a carcomer desde dentro y llega un punto muerto en que las cadenas que te jalan hacia atrás se hacen simplemente insoportables y demasiado pesadas.

Seguí adelante.

Aunque no quisiera, seguí adelante.

Aunque tuviera que recurrir a pretextos e interpretaciones de cosas que no creí o no llegué a sentir de corazón, seguí adelante. Recopilando todo lo que me sirviera, todo para deleitar a la gente, para cumplir con lo que esperaban y sobrepasar sus expectativas.

Seguí adelante.

Hasta ahora, no cruzó por mi cabeza el quejarme. Fue un propio abismo en el que caía y creaba voluntariamente. Yo era el único a quién culpar y podía vivir con eso. ¡Qué tragedia! A cierto punto de desamparo, el darlo todo por mi público era mi consuelo y mi motivo para seguir adelante. El joven brillante y exitoso, víctima de su propio talento. Una buena manera y excusa para sentir pena por ti mismo, ¿verdad?

Y hoy, ¡es increíble!

Hoy, en cuestión de minutos, todo ese mundo fue robado.

Por primera vez, una persona totalmente ajena entraba e incautaba todo a su alrededor dejándome perplejo y atontado.

Reemplazando todo con su presencia, de forma casi monstruosa, llegó devastando a diestra y siniestra. Los vanos personajes creados hasta ahora caían uno tras otro, el monótono ambiente era llenado por la dulce melodía de sus risas y palabras; el gélido frío de invierno por un calor

tenue y suave el cual no sé con certeza si nacía en mi propio pecho o en tacto gentil ajeno.

Lo único que sé es que, este tumulto de emociones nuevas que me atormentan y no me dejan dormir tranquilo, tienen un sólo nombre; tan perfecto como ella misma.

Capítulo 2

28/07/2000

Ha pasado bastante tiempo desde que escribí para mí mismo; por mero placer y concretando mi propio consuelo, narrando como si alguien fuera a leer esto algún día.

He de ofrecer mis más sinceras disculpas, ¡pero! No es en absoluto culpa mía; nada podría estar más lejos de la realidad. Es ella. Ella y su infame persona, ella y su cautivador encanto, ella con su característica benevolencia auto-destructiva, de pensamientos e ideas insolubles; esa mujer que parece aborrecer su propia desenvoltura.

Sé que, como escritor, lo que estoy haciendo es prácticamente inadmisibile, un insulto a la propia disciplina. Me explicaré mejor.

La primera vez que la conocí fue un día de Julio cualquiera, el clima era agradable y yo acababa de llegar a una nueva ciudad, totalmente perdido y desconocido de mi paradero. Lo último que pude recordar en ese entonces fue la gran frustración ante el bloqueo de mi creatividad frente a la gran demanda de mi público alborotado. Un deseo de escapar y reencontrarme conmigo mismo, para poder seguir y satisfacer su sed insana de temáticas nuevas y originales. Esa fue otra de las razones que me mantuvo en pie los meses antes de emprender mi viaje, ¡lo encontraría! Lo encontraría. Aquello que me permitiera volver a esos años en que sorprendía a todos con el más simple verso o escrito. ¡Lo lograría...!

Debido a mi falta de orientación y memorias de sucesos intermedios, deduje de inmediato que no fue así. ¿Alcohol quizás? Ahogar las penas de un hombre al punto de terminar desorientado no podía tener otro nombre.

Para resumirlo y no entrar en tantos detalles: después de este descubrimiento me dediqué a vagar por la ciudad, ¡cuán distinta era a mi país de origen! Se sentía extraño. Caminar por la acera y que nadie te detuviera o ellos detuviesen su camino para cuchichear tu nombre. Podía caminar tranquilo sin que nadie me reconociera. Por primera vez, en mucho tiempo, había encontrado paz.

Una paz que, al pasar de las horas, se había tornado demasiado aburrida.

La gente no me respondía cuando les hablaba, ¿quizás no hablaban inglés? Era un tanto fastidioso no tener alguien con quien charlar. El tiempo avanzaba, y mi propia egolatría me pasaba cuentas. Abatido,

estaba a punto de rendirme y descansar en una de las banquetas de una plaza común, cuando un único letrero legible llamó mi atención. Talladas en negro sobre una gruesa madera color ébano, se leía inocente y humilde una sola palabra: "*Theater*". Nunca en mi vida fui aficionado a ese tipo de artes —demasiado humanas para mi gusto—, pero me dije a mí mismo en ese momento, ¿por qué no darles una oportunidad?

Me era imposible saber, que esa decisión marcaría de tal manera mi vida.

No, ni siquiera llegué a intercambiar palabra alguna con ella.

Bastó con verla ahí, sola danzando en la tenue oscuridad del atardecer, para descubrir en presencia propia la gracia y encanto que sería el comienzo de mi final.

Te devoraba poco a poco. Era alucinante, mi corazón golpeaba con fuerza dentro de mi pecho y yo no podía apartar la vista. ¡Había encontrado a mi personaje principal!! ¡lo había encontrado! ¡Ella era... todo lo que había estado buscando! ¡El personaje principal definitivo, signo de mi última obra! La robaría de allí y sería mía, sólo mía. Esos fueron mis primeros pensamientos, tan ingenuos e incautos de la realidad ofrecida. La verdad es que no puedes hacer nada en su contra. Cada uno de sus movimientos cruza el linde de lo burdo y lo mágico con la mismísima facilidad en que un pintor desliza su pincel sobre su lienzo. Porque es una obra de arte en sí. Aquel apasionado baile, no, ninguno de sus movimientos sobra o está de más nunca. Todos forman parte de una perfecta armonía que lleva a cabo con una picardía y vehemencia oculta, que se esfuerza en oscurecer y negar, pero para mí como escritor y detective de la mente humana son tan obvias y palpables como hipnóticos son los colores que desprende cada uno de sus pasos. Lamento esta analogía y exceso de elogios, mas no hallo otra manera de comunicar lo que en ese momento sentí. Sólo sé que aquella primera impresión jamás se borrará de mi cabeza, ni aunque cayera en coma un millón de años y me obligasen a abandonar mis recuerdos con el prometedor ofrecimiento de una vida entera. Está ahí, adherida tan fuerte como su propio nombre. Oh, cara mía. ¡Mi querida y hermosa personaje principal! Mi impresión para los días siguientes, las razones por las que no pude escribir hasta ahora, quedará claro para mi lector que no son un pormenor después de toda esta charla introductoria.

El día siguiente a ese, comprendí de inmediato que mi pequeña niña jamás dejaría de sorprenderme.

Haciendo lo imposible, nunca se detendría.

Capítulo 3

Ahora, prosigamos. Como iba diciendo, jamás esperé que en los días siguientes ella cambiase tanto mi primera impresión de cuando la vi danzar.

¡Era imposible imaginarlo! Lo juro. Incluso en estos momentos se me hace difícil encontrar las palabras correctas que puedan expresar lo que sentí de manera fiel a mis recuerdos. Después de aquel primer encuentro, en el transcurso del día, e inclusive induciéndome al desvelo, su figura y persona no abandonaban mi mente. Podía verla, podía sentirla, podía sentir la fragancia de su perfume. Podía ponerme en su piel, sentir su adrenalina y sus sueños; así como también podía sentir la suya contra la mía. Haría de ella el mejor personaje jamás visto: convertiría a su persona en toda una leyenda dentro del mundo literario. Pasaría, ciertamente, a ser una figura tal como el Don Juan de Tirso de Molina, por poner un ejemplo. ¡Marcaría un contraste tal en la insensata literatura de mis contemporáneos! Aquella carente de amor, de pasión, ¡y sería capaz de crear un personaje que autores copiarían y repetirían insaciables en el futuro, sin poder captar ni una pizca de su esencia!

Aunque nada banal, en este caso, como el infame personaje. Todo lo contrario, ella sería el resultado sublime de la fragilidad, de la bondad; ¡de la ética, de la nobleza, de lo correcto! Haría fe retratando su luz, la transmitiría a mis lectores tal como me iluminó a mí, impactando entre los oscuros pasajes de mis pesadillas, liberando mi creatividad perdida. Mis pensamientos divagaban en diferentes escenarios, diferentes pretextos. Y entonces, toda una gama de opciones aparecía bajo mi pluma. Su familia, sus gustos personales, sus reacciones a escenas específicas y factores especiales... ¡todo, quería (y necesitaba, más bien, para mi propio bienestar) saberlo todo! Me era casi imposible resistir el entusiasmo, pero afortunadamente fui lo suficiente prudente como para combatir mis impulsos de querer buscarla en mitad de la noche.

Este, pues, era el tipo de emoción que me embargaba, sí. Tenía una ansiedad de conocimiento que me sorprendió en demasía. Y, lo más importante, junto a este desborde, mi imaginación salió disparada como si ella hubiera despertado a un hambriento animal dormido. Mi mano no descansó hasta que se alzó el sol en la mañana, culpa de los versos y conceptos que no abandonaban mi cabeza.

Así es tal como recuerdo aquella primera noche. Ni siquiera me molesté en encender alguna luz, me bastaba con la iluminación de los faros callejeros que se adentraba junto a los halos de luces haciéndose camino por entre las finas cortinas de mi habitación. Si hacía calor o frío fue algo que mi mente dejó en total desinterés; estaba aturdido por mi propia conmoción ante las diferentes historias que se congregaban tras meses (o

años) de no poder escribir. Y fluía con una naturalidad tal, que pareciese como si mi tiempo de estanco jamás hubiese tenido lugar. Mis mejillas se encendían en la dicha de este nuevo encuentro, la emoción de un niño pequeño. Sí, sí. Recuerdo este calor sin igual, este calor puro y tímido coloreando mis mejillas, el cual no ha desaparecido incluso hoy. Ahora mismo, mientras escribo esto con una visión de las cosas totalmente distintas, el rubor vergonzoso del primer amor sigue quemando y sacando risas bobas cuando pienso en ella, aún si este es mi intento de escapar de todo lo que ha ocurrido. Porque no, aún no he llegado a la parte crucial. Al revuelo desaliñado de mis intenciones, a la traición propia; a esta fantasía no correspondida de la cual aún soy preso en la lejanía.

En los días que prosiguieron, no sé cómo o qué fue lo que pasó, mas como una tormenta, todas estas ideas que escribí en aquella solitaria noche con el dulce tinte de su compañía me fueron arrebatadas y dadas vuelta. Sí, empecé a vivir en un mundo de cabeza. Donde el cielo era verde y las gaviotas nadaban en el extenso asfalto azul. Cada vez que volvía a verla, hasta ahora, no he pronunciado palabra alguna. Cuando reúno mi valentía y estoy dispuesto a lanzarme con todo y artimañas, algo nuevo acontece. Ya sean sus lágrimas o sus gritos desolados; sus risas o una nueva melodía: Ella se encuentra en constante cambio junto a sus emociones, cruzando los bordes idealizados de una persona real y un personaje de ficción. Aunque me temo que esto no es necesariamente algo bueno como creí en un principio: un día es la persona más bondadosa y te alegra con la curvatura de sus labios al hablar y sus pequeñas sonrisillas marcadas en sus mejillas... al otro insulta todo lo que ve y sus injurias son de un tamaño tal, que puedo entenderlas sin necesidad de hablar su idioma. Y, al siguiente día, está como un crío huérfano rogando por consuelo, por un abrazo, sentada en la esquina de la sala sin levantar su rostro durante horas. Estos días donde su frustración la consume se han estado haciendo más comunes últimamente, y aún no sé cómo enfrentarme a ellos.

No comprenderá usted, mi estimado lector, la gravedad de este asunto expuesto de esta manera, aquella en la que ella luce como una pobre víctima más. Porque está muy lejana a clamarse una víctima como tal. Le pido, por favor, que se ponga en mi lugar. En el del escritor que ya había idealizado todos sus escritos y narraciones entorno a su musa personal sin pegar ojo en toda la noche, para que tan rápida como llegó, cambie tan abrupta al día siguiente sin dar ninguna pista que permitiese advertir tal atrocidad.

Al día siguiente, oh, cómo repito estas palabras...

Para ponerlo en simplicidad.

Ese mismo día... ella empezó a escribir su propia historia.

A costa de mí, su propia historia.

A costa de mi imaginación, de mi suplicio, de mi necesidad de ella.

Manipuladora con su encanto y su peculiaridad.

Mi querido y encantador personaje principal... había cobrado vida, mucha más vida de la que yo jamás pudiese otorgarle.

Desde ese día, al día siguiente, yo lo perdí todo.

Y jamás, jamás desde ese entonces, he vuelto a escribir otra historia.

Yo, voluntariamente, renuncié a toda libertad sobre mí mismo.

Capítulo 4

Muy contrario a anticipar que esto me llevaría a mi fin y a mi ruina, una extraña curiosidad surgió desde mis entrañas quemando como fuego ardiente. Necesitaba... quería saber más de ella. Este bichito de la curiosidad lentamente subió hasta mi garganta y allí se quedó por días, desgastando mis tejidos como si fuese la sed más horrenda; castigo de todos los males, pecados y tormentos del mundo.

Como un dulce vino mojando los labios sedientos de un cantor callejero, dejé que ella se hiciera cargo y sanara mi suplicia.

Fue demasiado tarde para cuando tomé conciencia de lo que pasaba. Ya me había arrastrado profundo más allá en un viaje que no podía abandonar a medias; diré, entonces, que era, y aún soy, completamente incapaz de hacerle a un lado ahora que ya he empezado el recorrido de esta senda. Una vez ya probada, que sé su sabor y sus secretos, no hay arrepentimientos que valgan. Mi sed probó la calma, una deliciosa tranquilidad suave y mecedora que deshacía al sonar de mis silencios cualquier rastro y recuerdo de los dolores pasados.

Sin embargo, como toda fémina, la chica es astuta. No la calificaría como una predadora en pleno significado y uso de la palabra, por el contrario, ella no siente ninguna prisa ni posee esa ferocidad e intensidad característica del típico carnívoro. Partiendo por una mirada inocente y tímida, utiliza un ritmo suave para seducirte y tenerte en sus manos, uno que va creando y reproduciendo con el dócil meneo de sus caderas y el coqueto baile de su cintura. Más que un animal dispuesto a atacar y hacer gran daño, penetra en tus sentidos envenenándote lenta y parsimoniosa al son de su melodía. Un veneno mortal al cual ella mismo te ofrece una cura, sí, mostrándote en su cajita de pandora el secreto penal de su sonrisa. Hmm.. exactamente. Ahora mientras escribo me es más fácil analizar la situación y percatarme de ideas que previamente no había ni llegado a considerar. Esta nueva concepción hace mucha más justicia a lo que acontece acorde a mi funesto problema.

Permítanme, entonces, comenzar de nuevo: Ella en ningún momento había curado mi mortal enfermedad con algún tipo de elixir mágico como creía hasta hace unos minutos atrás, cuando tomé la pluma dispuesto a describirles este oculto poder. En cambio, me ofreció una medicina que calmaría mi dolor, un simple amparo. Un analgésico temporal. Una droga. Y yo... yo caí directo en sus redes sin protección ni prevención a alguna a ellas. Prueba de todo lo que digo es que, esto, pasó hace ya unos días, varias semanas atrás. Y ahora, en este preciso momento, ya estando un tiempo considerable bajo sus efectos, me encuentro en un estado tal de viejo desdichado, tan mal y consumido que orgullosamente dejo escrito que me declaro un adicto. Un adicto por ella, sin la menor vergüenza o

culpa.

¿Por qué habría de ser este amor un mal causal? No me he atrevido aún a dirigirle la palabra, por más obsesos que lleguen a sonar estos escritos (que no son más que una versión distorsionada de mi vista de las cosas), ¿no es tan sólo prueba de mis puros sentimientos? Amar de esta manera tan incondicional y devota no es ningún pecado, jamás me atrevería a dañarle o similar. Mi único deseo... ah, es vergonzoso admitirlo, pero el único deseo que almaceno en estos momentos es el de permanecer a su lado, ayudarle, brindarle mi apoyo. No perderme ninguno de sus entrenamientos ni presentaciones, estar allí día a día. Y quizás, sólo quizás, la casualidad permita que tú también me busques entre el público. Porque te he visto posar tu mirada en mí, cara mía... aún no hemos hablado, ni mi nombre ha llegado a tus oídos o abandonado tus labios, mas aún así yo siento que te conozco; aún si tu nombre tampoco ha llegado hasta mí.

Este mes que he pasado observándote en la distancia, compartiendo este juego íntimo entre nos, he aprendido que no a cualquiera le dejarías compartir tu tiempo, tu precioso tiempo. Aunque no hablemos, aunque no intercambiamos palabra alguna, aunque apartes tu mirada perdida cuando nuestros ojos se encuentran sin querer; pese a todas estas cosas, sé, con certeza, que soy al único al que muestras todas y cada una de tus facetas sin reclamo. Repito una vez más, no hay nada maligno a resaltar de mis intenciones. Ágape... así lo llamaron los griegos, sabios en tantas materias, ¿y quién soy yo, novato, para ir en contra de lo que dicta este amor?

Pese a todo lo escrito hasta ahora, les ruego que no se dejen engañar por mis propios disparates. Aquello fue una parte, la más delicada, deliciosa... y, por tanto, la más capaz de recibir halagos y aprecio. Si reflexionamos con más insistencia, icuán distintas y oscuras se tornarán las cosas desde ahora! Es una dama asusta, como ya he dicho, no se dejen engañar tal y como yo me concibo bajo su efecto. Porque aquellas miradas que describo como candentes y llenas de pasión de su parte, pueden ser en realidad la más fría, banal y pasajera. Puede que, fuera de toda mi fantasía propia, yo sea tan insignificante para ella que ni siquiera merece tiempo el echarme de allí para no verme más. No lo valgo. Y si bien este amor que les presento en tinta y papel no es pecado, ¿acaso no lo es, en cambio, asesinar a un artista? La ternura risueña definitivamente no es pecar, pero sí es la peor y más horrible ofensa que alguien ha llevado a cabo contra la profesión.

Esos mismos días que he mencionado, fueron los mismos en que desistí. Dejé de escribir. Dejé de lado mis ideas y tormentos; abandoné irreversible la preocupación por la prosa, las enseñanzas plasmadas, las reflexiones existenciales y la profundidad de los personajes. Caí preso, locamente enamorado, de mi querido personaje principal. Y, desde

entonces, me veo obligado por mi propio deseo, y gracias a su maquiavélico plan, a dejar de lado mis principios literarios y escribir sobre ella. Me tiene condenado, atrapado con cadenas, a escribir su historia hasta el final. Hasta que muera, probablemente. ¡Escribiré su historia hasta que de sus labios salga el último aliento de vida que le quede encerrado en su cuerpo!

Esa es la verdad, la auténtica.
El deseo más profundo de mi corazón.

Estoy esclavizado por amor, por amar con locura. Y es esta misma razón la que abre todo el resto de explicaciones, aunque decretando lo anterior, creo que ya no hay nada más que explicar. ¿Acaso alguien se ha aventurado a escribir lógica del amor? Es imposible. Por esto, mis queridos, no he podido escribir antes en mi propio diario. Cada que tomo una de mis plumas, la primera hoja solitaria que encuentro se llena de versos de amor. O ni siquiera eso, hay otros momentos en que mis dedos cobran vida propia, como pequeños diablillos poseídos, y entre sus jugueteos se dejan seducir y terminan por destruir mi estudio. Todos mis cuadernos y agendas se llenan con su nombre. Con mi nombre. Con nuestros nombres. Con el color de sus ojos, con su cabello, con su talle y sus posturas.

Y es que, ella y su falsa cura me han traído delirios. Me creo otras personas que no soy, por ejemplo, últimamente me ha dado por crearme artista, ¡pintor! Estoy loco. ¿Usar mis cuadernos reunidos precisamente para anotaciones y caligrafía, para hacer bocetos de su suplicante sonrisa? ¿Acaso mi mente está tan agobiada que necesita una tercera ayuda, ya no puede imaginar, tiene necesidad de lo real y con ello plasmar en papel la idealización de las escenas que quería escribir? ¡Estúpido! ¡Soy un escritor! ¡No un escritor cualquiera, sino uno cuyo todo el mundo espera su regreso! ¿Y ya no puedo vivir de mi imaginación? La necesidad de plasmar las imágenes para verlas y no narrarlas acabará conmigo si es que ya no lo ha hecho.

¿Se dan cuenta de lo que hablo? Ella es un amor de doble filo. Primero me mostró el paraíso y colores del firmamento que hasta ahora desconocía, llenó de versos las hojas que tan solitarias habían estado esos últimos años, ¡¿para qué?! ¡Para arrebátarmelo todo a la mañana siguiente! Descubrir las distintas capas de su persona fue la última gota, la flecha, la espada que terminó por degollar mi carrera. La historia que fue en un principio mía y sólo mía, que al fin había encontrado a su personaje principal, este autor, estúpido y condenado, cometió el peor de los sacrilegios y se enamoró de ella. Y con esto, abandonó para siempre el camino de la prosa propia. Porque traicionó a lo único que puede dar consuelo al escritor cuando nada funciona, cuando no hay dinero para poner pan encima de la mesa o pagar la renta, cuando el mundo te da la espalda y los críticos se sublevan ante un estilo que jamás han probado:

su escrito.

Aún si no hay inspiración, aún si no hay una musa a la cual seguir; las historias y los mundos creados siempre permanecerán allí, o estarán escondidos en los lugares más recónditos de su mente. Existen. ¿Y qué fue lo que yo hice? Me entregué, me entregué por completo renunciando a mí mismo dejando que ella (mi querida personaje) liderara con tanto libre albedrío como figura de la creación. ¿Acaso creí que yo jugaba a ser Dios? Estaba muy lejos de serlo. Pasé de escritor a un esclavo maldito. Ya no pienso por mí mismo o recreo escenarios, nunca jamás. Dedico mis días a escribir, sin reparo, a describir cada una de sus acciones y movimientos, a plasmar sus pensamientos y emociones. Escribo, ¡escribo su historia! ¡Su historia y nada más que su historia! Es una suerte que aún tenga mi diario. Este es, pues, el último medio que me queda para hablar yo mismo. Y aunque me jacte de esto, es gracioso, e irónico, ¿hace cuántas planas ya me he dedicado a redactar de su persona?